

como ideal vegetativo. Todo parece indicar que el andaluz reacciona mínimamente al paisaje. Sobre él actúan fundamentalmente aquellos elementos cósmicos a que aludimos y que ejercen su acción sin la intervención casi de la conciencia: la temperatura, el grado de humedad... e incluso ese elemento entre influjo y vivencia que es la luz. Acaso enervado por tales elementos de la temperautra de la atmósfera andaluza se comporta pasivamente ante los elementos del paisaje.

Nos importaban sobre todo estos dos ejemplos. No sería difícil buscar más; en los mismos autores se multiplican. Galicia, para *Unamuno*, es un paisaje femenino que convida al reposo y al sueño, de montes chatos, de contornos ondulantes y sinuosos, como de senos y caderas femeniles con cabellera de castaños, pinos, robles... Para nuestra tesis, paisaje en el que se aunan armoniosamente los tres elementos fundamentales: el color en matices profundos sin detonantes vibraciones, las formas suaves y siempre la indicación de lejanías en el mar o en sus bajas montañas tras las que se adivina o se presiente el océano inmenso. ¿Es acaso por esta fusión armoniosa por lo que el paisaje gallego es tenido como uno de los más bellos del mundo?

Y en *Ortega*, esta vez fuera de España, encontraremos su visión de la Pampa argentina viviendo de su confín mientras que lo próximo, tierra o mies es algo abstracto, sin fisonomía singular. Esta indiferencia del primer término empuja la mirada hasta el último, hasta el fondo, en busca de algo interesante, y allí se hallan unos vagos boscajes que pueden serlo todo: ciudades, castillos, sotos, islas. El hombre en ese paisaje vive con los ojos puestos en el horizonte. Y por eso—concluye *Ortega*—lo esencial de la vida argentina es ser promesa. El que llega a esta costa ve ante todo lo de después; la fortuna, el amor, la situación. Casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo, en el horizonte de sí mismo. La forma de

